



DIOCESIS DE VENICE EN FLORIDA



Perfecta Mujer, Madre de Cristo, Madre de Misericordia, Madre de La Iglesia

Carta Pastoral del Obispo John J. Nevins, D.D. A Los Catolicos del Sur-Oeste de La Florida

AGOSTO 5, 2003

En La Fiesta de La Dedicacion de La Basilica de Santa Maria La Mayor, (Roma – Italia)

Prólogo

- I María, Madre de la Iglesia y Alegría del pueblo Católico.
- II Devoción a María para el Siglo 21.
- III María, discípula ideal.
- IV María, Madre de Dios, Madre de la Iglesia.

Prólogo

Como todo joven yo estaba turbado cuando un sacerdote de la parroquia visitó mi salón de clase en la escuela. El inmediatamente me pidió que recitara los 15 misterios del Rosario. Titubeé con mi respuesta y me prometí a mí mismo memorizarlos. Hasta el día de hoy no tengo problema en recordarlos. Tengo la esperanza de que los jóvenes de nuestra Diócesis de Venice se unan a sus padres y a los feligreses de sus parroquias en el conocimiento del Rosario como debe ser: la meditación en los misterios de nuestra santa fe Católica.

Este año el Santo Padre nos ha ofrecido para su meditación 5 nuevos misterios. Son:

1. Bautismo de Cristo en el río Jordán.
2. Revelación de Cristo en el banquete de las Bodas de Caná.

3. La proclamación del Reino de Dios, invitando a la conversión.
4. La Transfiguración de Cristo, revelando su gloria a tres de sus Apóstoles.
5. La Institución de la Eucaristía en la Última Cena como la expresión sacramental del misterio Pascual.

El enfoque de estos nuevos misterios apunta al ministerio público de Cristo. El Papa los llama "Misterios de la Luz" y pide que sean recitados especialmente los jueves. Lo mismo que una lámpara de luz transforma un lugar oscuro, así también Jesús transforma nuestra vida de cada día con su predicación, enseñanza, signos y milagros, y especialmente por medio de la Eucaristía que es el más grande de los Sacramentos.

Nuestra sociedad de hoy, llena de ansiedad frente a las enfermedades, el hambre, la violencia y la amenaza de más conflictos está necesitada de luz y esperanza. A través de los siglos el Rosario ha sido un manantial de tal esperanza.

Recuerdo que, cuando era joven, en el rezo del Rosario se incluía, además de otras intenciones, la conversión de Rusia del comunismo, y nosotros, que ahora somos mayores, hemos visto la caída de este régimen comunista.

Hoy tenemos nuestras propias intenciones por un mundo mejor. Conocemos a María como la Madre de Jesús. Para mí, ella es también la Madre de la Misericordia, Madre de la Iglesia, la Mujer Perfecta. Por medio de esta Carta Pastoral los invito a que se unan conmigo en la meditación del papel de María en nuestras vidas y en nuestra Iglesia.

Maria, Madre de La Iglesia y Alegria Del Pueblo Católico

En la historia de más de 2.000 años de la Iglesia Católica, María, la Madre del Señor, ha sido siempre amada, reverenciada y honrada. Los cristianos de todo el mundo se refieren a las Escrituras cuando hablan acerca del papel de María en la vida de Cristo. Por ejemplo, en el Evangelio de San Lucas leemos (Lc. 1, 26-35):

"Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando donde ella estaba, dijo: 'Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo'. Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: 'No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin'. María respondió al ángel: '¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?'. El ángel le respondió: 'El Espíritu Santo vendrá sobre tí y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de

Dios."

La maravilla de la Encarnación fue anunciada en la visita del ángel a María. Entonces María entrega obediente su respuesta: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". (Lc. 1, 38). La aceptación de María de su papel abrió las puertas de nuestra salvación.

Lo mismo que a través de la palabra divina creadora el universo comenzó a existir, un universo para que el hombre compartiera la vida del Creador, así la palabra humilde "Hágase en mí" de la Virgen fue la señal de la nueva creación de la humanidad. Qué maravilloso recordar que en aquel instante se cumplió el papel predestinado de la mujer. María vino a ser la Madre de nuestro Salvador que es la vida misma.

La alegría de María se expresa en su gran cántico, el Magníficat, "Mi alma proclama la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre..." (Lc. 1, 46-49).

Debido a la desobediencia de Adán, el mundo se hundió en el pecado y en la oscuridad. Con el "sí" de María, esta oscuridad desapareció al amanecer la luz de Cristo.

No olvidemos que el gran drama de la historia palpita entre estos dos polos, el viejo Adán y el nuevo Adán, que es Cristo.

Este drama místico, sin embargo, requiere continuidad. Hay que mostrar y enseñar una y otra vez, que la misma humanidad que con Adán fue arrastrada a la muerte recibirá vida de Jesucristo. ¿Cómo se ha efectuado esto? En Cristo a través de María. El Espíritu Santo formó de María el cuerpo del Salvador, y este cuerpo prefigura, y en germen contiene, el gran cuerpo místico que es la Iglesia.

La época de María es, de acuerdo a la misteriosa frase de la Sagrada Escritura, "la plenitud de los tiempos" (Ef. 1, 10). No hay mejor frase para expresar el hecho de que el designio de la historia humana y por tanto de la vida humana, fue confiado al cuidado de María. Dios intervino para volver a dirigir la historia y la vida para el propósito por el cual el mundo fue creado.

María es el ejemplo supremo de la vocación que llenó no solo su propio destino, sino el destino de la humanidad. La suprema vocación del hombre en la tierra no es ni más ni menos que la concepción y nacimiento espiritual de Jesucristo, el hombre perfecto, lo cual no está desconectado de la Encarnación que tuvo lugar en María.

Recuerden siempre, en Cristo tenemos el único ejemplo de perfección. El es no solo Hijo de

Hombre sino Hijo de Dios. El es el ideal de Dios para la vida.

Preguntarse acerca de lo que Dios espera del hombre y la mujer, encontrar en qué consiste la común y universal vocación a la vida, es preguntarse cómo los hombres y mujeres pueden realizarse a semejanza de Jesús.

Está claro que el hombre y la mujer pueden vivir y actuar como Jesús solamente cuando poseen el espíritu de Jesús. Con la fuerza de este único espíritu cualquiera de nosotros puede alcanzar la altura de aquella perfección que Dios tiene el perfecto derecho de esperar de nosotros. Nuestra Bendita Madre en el misterio de la Anunciación puso precisamente lo que hacía falta para que esto suceda en nosotros.

Devocion a María Para El Siglo 21

María quizá tenía 14 años cuando el ángel Gabriel vino a visitarla. Su vida no era tan simple. Estaba comprometida en matrimonio y hacía ya el trabajo como toda mujer, lavar, preparar la comida de cada día, ayudar a su madre a moler los granos de trigo, cocer el pan, hacer vestidos y otras tareas.

María no tenía tiempo libre, pero buscaba la manera de encontrar tiempo para conocer al Señor y amarle. San Lucas nos dice que cuando el ángel Gabriel se apareció a María ella "se conturbó". Algunos traductores dicen que ella se "se sorprendió" o "quedó muy confundida". María oyó las palabras de Gabriel, y Lucas nos deja aclaro que María no tenía idea de lo que se le estaba pidiendo. Lo que ella supo fue que Dios estaba pidiéndole algo.

Cuando María pudo concentrarse en sus pensamientos acerca de lo que se le estaba pidiendo, quizá se inclinó a responder como hacíamos nosotros de jóvenes en la escuela. ¿Se acuerdan cuando el profesor en la clase preguntaba algo que no sabían? ¿Recuerdan como se sentían? "¡Oh, por favor...No me pregunte a mí!...¡No estoy preparado!". Nuestros recuerdos están llenos con historias de personas que fueron llamadas, que se les preguntó, que se les pidió hacer cosas que no querían hacer o que se sentían no preparadas para hacerlo. Moisés, por ejemplo, trató de escapar de confrontar al Faraón con la excusa de que él no podía hablar suficientemente bien. Jeremías, llamado a ser profeta en una nación descarriada, respondió: "Yo no se cómo hablar...Yo soy demasiado joven!". Dios con frecuencia llama a personas a tomar importantes responsabilidades que no sospechaban o no se sentían preparadas para llevarlas a cabo y ciertamente no lo hubieran estado en un millón de años. La sorpresa de la llamada y la renuencia para aceptarla ha producido respuestas comunes como estas: "¿Quién soy yo?" "¿Por qué a mí?" "¿Cómo puede ser esto?" "Soy demasiado joven; demasiado viejo". "Tengo familia que depende de mí".

Una adolescente judía no casada, a quien se le pidió tener un hijo, respondió: "¿Cómo puede ser esto? Yo soy virgen". María pudo haber dudado un momento pero su fe y confianza en Dios rápidamente ganó. Entonces ella dio su cuerpo, se dio a sí misma, su vida a los ocultos

designios de Dios. Amar en acción puede ser como nos recordaba Dostoevsky, "una áspera y dolorosa realidad". Incluso puede acarrear la cruz. Pero María no tiene miedo a amar. Ante este importante y desconcertante acontecimiento que se estaba encarnando en ella, dio una bella respuesta: "Hágase en mí, según tu palabra" (Lc. 1, 38). Lo admirable es que lo que Dios quiere para la raza humana es posible realizarlo a través de aquellos que desean cooperar y ser parte de la obra de Dios, gente como María.

¡Sí, que esto suceda! Esta fue la piedra angular de la vida de María a partir de aquel momento, y ésta es la llave para enfrentarnos a las dificultades de la vida como seguidores de Cristo. Nosotros trabajamos duro. Encontramos formas de terapia. Encontramos ayuda en otros. Hagamos todo lo que podamos, pero siempre en el contexto del "sí" (fiat) de María; "Que se haga en mí como has dicho". Diga esto, y quíéralo realmente, y el poder del amor de Dios dentro de usted saldrá a la luz.

¿Crees en lo más profundo de tu alma que la voluntad de Dios es siempre lo mejor? ¿Crees realmente que nunca serás feliz hasta que aceptes la voluntad de Dios como lo mejor? "¡Oh Dios, no permitas que esto suceda!...Pase lo que pase, que se cumpla como has dicho".

El verdadero significado de las cargas pesadas que llevamos, como individuos, como miembros de una familia y como miembros de toda la sociedad, puede entenderse solo en este contexto. "Que se cumpla", es el secreto de una vida fecunda. La mayor parte de nosotros acudimos a Dios desesperadamente en los momentos de dificultad. Esto sucede cuando realmente nos unimos a los sufrimientos de Cristo al participar en la Misa. Cada día, en el trabajo o en casa, detente de cuando en cuando por un momento, solo un instante y dí: "Hágase... Que se haga en mí como has dicho".

María, Discipula Ideal

En mis 48 años de sacerdocio y 24 años como Obispo, María ha sido siempre para mí fuente de consuelo e inspiración. Ella es el ejemplo de cómo Dios puede elegir a los menos preparados entre nosotros y hacerlos fuertes por medio de su gracia.

En la historia de la humanidad, el oro fue uno de los primeros metales en ser altamente valorado. ¿Qué lo hizo tan valioso?. Su precio vino no solo por su bella apariencia. El oro puro es el más maleable de los metales. Puede ser batido y estirado hasta .00001 mm. de grueso, tan delgado que actualmente viene a ser translúcido. Puede incluso ser una hebra de hilo. Además, el oro puro es un excelente conductor del calor y la electricidad.

Por supuesto, todo lo que reluce no es oro. El metal casi siempre se funde mezclado con otros metales para reducir su maleabilidad y conductividad. Los mineros pueden apreciar las impurezas por el color del oro. La plata le presta un tinte verdoso, el cobre le proporciona un color dorado tirando a rojo, el blanco muestra una aleación de platino y el aluminio le tiñe de

morado. Una nuez de oro puro es realmente rara de encontrar. El sacerdote y escritor Irlandés Flor McCarthy llama a María nuestra "niña de oro", la versión humana del oro de 24 kilates. Ella estaba deseosa de entregarse a la voluntad de Dios, ella confió totalmente hasta ser moldeada por el plan de Dios. Como consecuencia de esto, además ella se volvió luminosa. La luz del amor de Dios y de la gloria de Dios brilló a través de ella. Como María dice en su Magnificat, "Mi alma proclama la grandeza del Señor".

Mas aún, así como el oro puro es el mejor conductor del calor y la electricidad, María permitió a Dios ser utilizada para conducir al divino Hijo de Dios hacia una hechura verdaderamente humana. Ella se hizo humilde para conducir a Dios dentro del mundo de una manera nueva. Cuando hablamos de la pureza de María, no se trata de una fría ausencia de pasión, sino más bien una confianza en Dios y en el plan de Dios, a pesar de que no estaba todavía segura de hacia donde esto la conduciría. Estaba dispuesta a servir a Dios sin cualquier impureza que pudiera disminuir su capacidad de ser dócil y activo instrumento en el plan de salvación de Dios.

De la misma manera que el oro tiene impurezas, tú y yo tenemos impurezas que nos impiden el estar dispuestos a aceptar la voluntad de Dios o extender el amor de Dios. Sin embargo, también tenemos oro dentro de nosotros. El bautismo y el recibir la Eucaristía (comunión) nos hacen más capaces de decir con María, "Hágase en mí tu palabra". Así como los fracasos y éxitos nos purifican, de la misma manera poco a poco Dios nos va dando lo que El ya ha dado a María desde su concepción: un espíritu sin ataduras de pecado. María es una señal de la perfección que Dios nos tiene reservada. Cuando nuestra transformación sea completa también descubriremos a Dios actuando en nosotros y a través de nosotros. Podremos también exclamar con María, "El Todopoderoso ha hecho obras grandes por mí, Santo es su nombre".

María Madre de Dios y Madre de La Iglesia

A través de la historia en la Iglesia ha habido muchos Concilios Ecuménicos. En el tercer Concilio Ecuménico, celebrado en Efeso en el Asia Menor en el año 431, los Padres de la Iglesia llamaron a María "Theotócos", palabra griega que quiere decir "la Madre de Dios". La parte de María en el misterio de la Encarnación fue el de una mujer escogida para ser el recipiente que contuviera al Santo de los Santos, en este misterio ella viene a ser la Madre de Dios. Tengan siempre presente que en Cristo hay dos naturalezas. Su naturaleza divina (como Dios) existe desde toda eternidad; en cuanto hombre (naturaleza humana) nace en el tiempo, nace de María. Estas dos naturalezas de Jesús no pueden estar separadas. María es verdaderamente la Madre de Jesús, es decir, su naturaleza humana. Pero Jesús es Dios desde toda la eternidad. Por consiguiente, María es la Madre de Dios.

Para acercarnos a la fecunda relación entre Jesús y María, tenemos que pensar en cosas propias de Jesús niño durante sus dos traviosos primeros años, y en todas las otras fases propias del desarrollo de un niño. Si pensamos en Jesús como verdadero niño –y eso es lo que significa la Encarnación- nos damos cuenta de que El necesitó ser enseñado, tener cuidado de

su aseo, ser alimentado e instruido como todos los niños. Y María estuvo allí para cuidar de todo esto. Ella hizo lo que tenía que hacer. Ella fue sumamente fiel al mandato que Dios le había dado: ser una verdadera Madre para un verdadero Niño.

Es un formidable homenaje a María el darnos cuenta de lo mucho que de ella se encuentra en el Hijo. Quizá haya diferencias en el modo de vivir de una generación con respecto a la otra, pero cuando uno mira con detenimiento descubre que entre padres e hijos hay muchas cosas parecidas. Cuando nos damos cuenta de lo que Jesús llegó a ser, podemos ver la tarea gloriosa que María hizo día a día en la relación madre/hijo. Lo más grande de todo es que María hizo esto con mucha frecuencia en tiempos de dificultades.

No hace falta ser un experto bíblico para darse cuenta de las dificultades que ella tuvo. Desde el momento en que se le anunció que venía un nacimiento (Christmas – Navidad), su vida se adaptó al destino de su Hijo. El nacimiento mismo tuvo lugar lejos de su hogar. Las madres entienden mejor lo que esto significa. Este nacimiento vino en circunstancias desfavorables incluso en los primeros días –en un establo-. Más aun, María no pudo regresar después del nacimiento al lugar familiar. Ella, José y Jesús tuvieron que abandonar el país. A causa de la situación política se convirtieron en personas desplazadas. El rey Herodes quiso matar al niño.

Quizá el mayor sufrimiento para María fue la dificultad para entender al niño. Cuando después de estar perdido durante tres días y lo encontró en el Templo, Jesús mostró sorpresa de que ella estuviera preocupada o buscándole. Ella tuvo que haber estado orgullosa de su excepcional Hijo, pero a veces tuvo que haber estado también desconcertada. Finalmente el amor que tenía por Jesús, como Madre suya, fue tan grande que la mantuvo al pie de la cruz cuando muchos de sus discípulos se encogieron de miedo. María ciertamente no lo había pensado de aquella manera. La agri dulce verdad de que el plan de Dios para revelarnos su bondad no se ajusta a nuestras ideas preconcebidas fue un descubrimiento que María hizo desde muy joven. Y su aceptación de la voluntad de Dios fue la clave para la fortaleza de María en todos aquellos tiempos de crisis y dolor.

María estaba deseosa de hacer las cosas según Dios, y con el "Hágase" con que ella oró, enseñó a su Hijo a rezar de la misma manera. El eco de la oración de María lo escuchamos de Jesús en el Huerto de Getsemaní: "Padre, que pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya". A cambio Jesús a su vez nos enseña el "Hágase". Jesús nos enseña a rezar, "Venga tu Reino; hágase tu voluntad".

Los dos, Jesús y María, no pueden y no deben ser separados. Juntos estaban desde toda la eternidad en el plan de Dios de la redención de la humanidad; juntos los encontramos en el establo de Belén; juntos los encontramos en el dolor del Calvario; juntos los encontramos en la gloria en el cielo; juntos los encontramos en la historia de la Iglesia y en los corazones de los hijos de la Iglesia. El niño Jesús sin María es un rey sin trono, y María sin el Niño, es una reina sin corona.

La devoción a la Santa Madre comprende meditar e imitarla como modelo, e implorar su ayuda maternal con la simplicidad y confianza de un niño. Imitando a María, imitamos a la discípula perfecta, que ama a Jesús, atesora sus palabras en su corazón y reflexiona en su significado. Siguiendo a María hacemos a Jesús presente de forma espiritual y sacramental a imitación de cómo María hizo presente a Jesús de forma física.

Que Jesús fue, de manera enteramente sobrenatural, "concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen María", es algo que todo católico cree y que profesamos cuando recitamos el Credo del Concilio de Nicea. Estamos hablando de la Virgen María.

Pero entre la concepción de Jesús y la concepción misma de María hay un mundo entero de diferencia. A este segundo hecho, el misterio de su Concepción Inmaculada en las entrañas de su madre Santa Ana, es al que hace referencia el dogma de la Inmaculada Concepción de María. Toda una generación separó estos dos misterios en cuanto al tiempo; solo la eternidad puede medir la calidad que los diferencia en punto a dignidad.

Leemos en el libro de la Sabiduría 7, 25-26 una descripción que puede aplicarse a la grandeza de María:

"Es un hálito del poder de Dios, una emanación pura de la gloria del Omnipotente, por lo cual nada manchado llega a alcanzarla. Es un reflejo de la luz eterna, un espejo sin mancha de la actividad de Dios, una imagen de su bondad".

La concepción de María Inmaculada no excluyó el concurso humano, la acción natural, como sucedió con su divino Hijo. Los padres de María, Ana y Joaquín, fueron verdaderamente sus padres en el obvio significado de la palabra. Ni podemos pretender que la gracia de la que ella gozó no era más que una excepción, hecha en vistas a la dignidad futura que hizo imposible la inclinación al pecado, enteramente impropio, no esencial a su naturaleza. Fue un puro don elevándola más alto que todas las demás creaturas, pero dejándola no obstante en pura creatura con un don impreso, "una hija de Adán sin pecado". Más cerca de Dios que ninguno de nosotros, pero lejos de ser divina como el último de nosotros. Ella no es Dios. Pero ella es la más grande de todos los santos. Ella necesitó de redención como todos nosotros; pero la redención que se aplica a nosotros por medio del Bautismo con el cual es lavado el pecado original para siempre, se aplica a María con anticipación, en el momento en que ella comenzó a existir. Una de mis favoritas figuras históricas de la historia moderna es John Henry Cardenal Newman de Inglaterra, un converso al catolicismo. Con referencia a la exaltación de María inevitable por su misión, el Cardenal escribe estas palabras:

"Una madre sin un lugar en la Iglesia, sin dignidad, sin dones, podría haber sido, más allá de la defensa de la Encarnación, no madre del todo; ella no podría haber permanecido en la memoria de los hombres. Si ella está para testificar y hacer presente la palabra de que Dios si hizo hombre, ella debe estar en el más

alto y eminente puesto para este fin. Ella tuvo que ser hecha para llenar la mente, en orden a proponer la lección. Una vez que ella atrae nuestra atención, entonces, y solo entonces, ella comienza a predicarnos a Jesús. "¿Por qué ella debió tener tales prerrogativas, nos preguntamos, a no ser que El es Dios?. ¿Y qué tuvo que ser por naturaleza, cuando ella es tan alta en gracia?. Es por esto que ella tiene además otras prerrogativas, a saber, los dones de su pureza personal y el poder intercesor, distinto de su maternidad; ella está personalmente dotada de tal manera que pueda cumplir bien su misión; ella fue exaltada en sí misma de tal manera que ella puede darnos a Cristo".

Lo que una vez se dijo de Judith en el Antiguo Testamento está escrito en lo alto de la bóveda principal de la Basílica Nacional de la Inmaculada Concepción en Washington, D.C., donde yo fui ordenado sacerdote el 6 de Junio de 1.959. La Iglesia alaba a María, Madre de nuestro Señor, con estas mismas palabras: "Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo" (Jdt. 15, 10).

Y además, otro elogio asentado en la capítulo 13, 18 del mismo libro de Judith: "Bendita seas, hija del Dios altísimo, más que todas las mujeres de la tierra".

Yo animo a los católicos de la Diócesis de Venice a recitar el Rosario diariamente, y preferiblemente para los miembros de una misma familia hacerlo en familia. Yo deseo unirme a nuestro Santo Padre el Papa Juan Pablo II en la enseñanza de que una sólida devoción a la Bienaventurada Virgen María significa estudiar e imitarla como modelo de discípulo, e implorar su ayuda maternal con la humildad y confianza de un niño en nombre del pueblo Americano. Cuando rezamos el Rosario y contemplamos sus misterios, seguimos a María, que "guardó todas estas cosas meditándolas en su corazón" (Lc. 2, 19).

Durante la reciente guerra de Irak se pidieron muchos rosarios. Yo espero que también se estén pidiendo en nuestra Diócesis. En la estación de otoño yo tendré Rosarios disponibles para los jóvenes estudiantes de nuestras escuelas parroquiales de la Diócesis y para todos aquellos que toman parte en los programas de educación religiosa en nuestras parroquias y misiones. Yo cuento con nuestros jóvenes para que hagan de esta bella devoción una práctica a lo largo de su vida.

San Alfonso María de Ligorio nos recordó que "Las oraciones de los santos son las oraciones de los servidores; pero las oraciones de María son las oraciones de una madre, y, por tanto, son consideradas en cierta manera como órdenes por su Hijo, que la ama muy tiernamente. Es por tanto imposible que las oraciones de María sean rechazadas".

Ojalá que nosotros clérigos, religiosos y laicos de la Diócesis de Venice siempre tengamos devoción a la Madre de nuestro Salvador Jesucristo. Que cada Ave María que recitemos nos urja a amar a su divino Hijo (con todas nuestras fuerzas), y que prestemos atención a su consejo "Hagan lo que El les mande", como ella nos enseñó en las bodas de Caná.

María, ruega por nosotros!.

Que Dios los ame.